

La derrota

En *El Astillero* de Juan Carlos Onetti
y en *Ilona llega con la lluvia* de Álvaro Mutis

Patricia Mazeau de Fonseca

Universidad de Los Andes Táchira

Resumen

Juan Carlos Onetti con su ciudad de Santa María y Alvaro Mutis con su antihéroe Maqroll el Gaviero, plasmaron la angustia y la ansiedad frente al mundo moderno. Es el descenso al reino de la degradación de la derrota. En este artículo se analizan sus inevitables consecuencias.

Résumé

Juan Carlos Onetti avec sa ville, de Santa María et Alvaro Mutis avec son antihéros Maqroll le Gaviero peignent l'angoisse et de la solitude face au monde moderne. C'est la descente dans le règne de la dégradation de la dérouté. Dans cet article on analyse ses conséquences.

Abstract

Juan Carlos Onetti with his city of Santa María and Alvaro Mutis con his anti-hero Maqroll el Gaviero, shaped the anguish and the anxiety facing modern world. It's the descent at the degradation's kingdom of the defeat. In this article we analyze its inevitable consequences

Comprendí que no sólo cada libro debía tener un diseño, sino la totalidad o la suma de la obra de un escritor debía tener un diseño... así creé un cosmos de mi propiedad. Puedo mover a esos seres como si yo fuera Dios, no sólo en el espacio sino también en el tiempo.

William Faulkner
(en *El Arte de Novelar*)

...caen los hombres resignados ciega-mente, de hora en hora; como agua de una peña arrojada a otra peña, a través de los años, en lo incierto, hada abajo.

Alejandra Pizarnik
(en *Semblanza*, 1984)

El crecimiento de las ciudades, las crisis económicas cíclicas, la inestabilidad política, desencadenaron una crisis espiritual en la sociedad latinoamericana. La literatura se volvió espacio propicio para plasmar la angustia y soledad frente a los problemas metafísicos. La pérdida de la fe da un nuevo vuelco al arte: el temor frente a lo absurdo.

Dos escritores, uno uruguayo: Juan Carlos Onetti, el otro colombiano Álvaro Mutis crearon una saga, el primero con Larsen en el universo de una ciudad mítica: Santa María, y el segundo siguiendo los viajes del antihéroe Maqroll el Gaviero. En el reino de la degradación, tanto Larsen como Maqroll están varados; uno en *El Astillero* en una empresa fantasmagórica y el otro en, *Ilona llega con la lluvia*, deambula solo en los muelles de Panamá buscando la forma de salirse de ese canal a donde lo llevó el destino. Comienza entonces para ellos la vertiginosa caída en dos escrituras confinadas en una estética del deterioro.

Tanto Larsen como Maqroll atraen marginales minados por la desgracia. A diferencia de la duplicidad Larsen-Onetti, que imita el simulacro para resistir a lo absurdo de la condición humana, Maqroll el Gaviero humilde y fatalista observa resignadamente el desfile de las vidas ajenas y aun cuando aparecen presagios amargos como Larissa en la vida de Ilona, se limita a observar sin hacer nada para evitar lo peor.

... entró en Villa Rosa el aciago mensajero que envían los dioses

para recordamos que no está en nuestras manos el modificar ni la más leve parcela de nuestro destino, llegó en la forma de mujer con el nombre eslavo y evidentemente ficticio de Larissa. Los dados estaban rodando desde mucho antes de nuestras resoluciones en la terraza (Mutis, 1993:170).

El suicidio

Parece que todas las acciones de esos personajes se debaten enfrente de la inevitable derrota. La derrota culmina con el suicidio. En las dos novelas ese acto trágico de desesperanza constituye un eje determinante en la construcción de la narración. *Ilona llega con la lluvia* se inicia con el suicidio de Wito:

...una cadena de necias fatalidades, de crecientes descuidos, de abulia cuidadosamente maquillada con el estricto cumplimiento de una rutina más inútil cada día, había venido a estropearlo todo (Mutis, 1993:123), [ese capitán de ese viejo barco] con ese tinte color cola de papagayo que le quitaba la poca dignidad que podía tener el destartado carguero construido en Belfast hacia más de ochenta años (Mutis, 1993:124),

minado por la muerte de su mujer, por la huida de su hija con el pastor protestante y casado... y la inmensidad de sus deudas puso término a su vida el día del embargo. Le quitaron lo único que podía mantenerlo en la superficie nebulosa y absurda de lo cotidiano: su barco. Al descubrir el muerto Maqroll sintió *una molestia singular como si estuviéramos violando la intimidad de un ser que sabíamos ajeno y desconocido* (Mutis, 1993: 116). Esa muerte refleja una sociedad enferma que envuelve cada ser en una inmensa soledad. Larsen, el viejo médico, Petrus, o Wito, Larissa, todos están solos. Como Maqroll formaba parte de la tripulación, la cual pies a tierra se transforma en tribulación. La derrota y el final trágico de ese hombre conlleva a la derrota de Maqroll como si se tratara de una cadena de causa-efectos que se clausuran con el suicidio de Larissa calculado en tal forma que significa también la muerte de Ilona mujer bella y llena de vitalidad y quien significaba su único y frágil contacto con la realidad. Maqroll necesita a la tripulación o a la presencia femenina para la búsqueda de sí mismo. Fue Ilona quien lo salvó del caos.

Hambriento, echado del insalubre hotel, refugio de los viajeros solitarios, el destino le sonrió por un corto período con la aparición del "hada" de los más extravagantes negocios. Fue Ilona el erotismo que puso orden a su vida, pero también va a ser el juego erótico que se estableció entre las dos mujeres el que iba a interrumpir dramáticamente ese período hundiendo a Maqroll en el pasado.

La ausencia de Ilona, estando ella viva, era algo que conocía muy bien. Su ausencia definitiva era algo que me costaba tanto trabajo, tanto dolor tratar de imaginar, que prefería volver de nuevo a los recuerdos. Allí encontraba, aun, un refugio, efímero y endeble, pero, en este momento, el único al que podía acudir para no caer en la nada (Mutis, 1993:198).

En *El Astillero* de Onetti los personajes tocan un abismo espiritual peligroso. El suicidio de Gálvez pone a Larsen frente a la realidad: la empresa del astillero está abandonada desde años, fue una locura jugar

a como si (...) en sus ruinas, además ese último intento de mentirse a sí mismo dando un sentido a su existencia, acaba por derrumbarse con el encarcelamiento de Petrus el exdueño del astillero. [Para resistir dice] Un capitán se hunde con su barco pero nosotros, señores, no nos vamos a hundir. Estamos escorados y a la deriva pero todavía no es naufragio (Onetti, 1976:164).

Pero la muerte de Gálvez pone fin a ese juego, arrastrando de paso a Larsen en una caída vertiginosa. Este acto anuló toda resistencia al absurdo de la vida, que es la única forma de recobrar la dignidad personal. Es un intento de liberar la conciencia del incesante desgaste y mutabilidad. Muchos de los personajes de Onetti contemplaron esta posibilidad de autodestrucción. Por ejemplo, el médico Díaz Grey siente *La tentación del suicidio*; Brausen y Larsen jugueteán continuamente con un revólver en el bolsillo. Es descubriendo a la mujer de Gálvez parir que Larsen huyó atormentado, se dejó hundir como un náufrago.

Sólo al rato comprendió y pudo imaginar la trampa. Temblando de miedo y asco se apartó de la ventana y se puso en marcha hacia la costa (...) Pudo imaginar en detalle la destrucción del

edificio del astillero, escuchar el siseo de la ruina y del abatimiento (Onetti, 1976:372).

Consciente de su fracaso, enloquecido por la idea de repetición en el nacimiento de un ser ya sin padre, Larsen se abandonó a la muerte.

Memoria

Los cambios de voces en la narración como por ejemplo el médico Díaz Grey, el vendedor de periódicos, la colectividad, es decir la ciudad contando la quiebra del viejo Petrus, el fracaso y el encarcelamiento de Larsen a raíz de la apertura de un prostíbulo en la novela *Juntacadáveres*, su vagabundeo en la ciudad y su ocupación con Kunz y Gálvez del astillero, sirven para amplificar el derrumbe, dándole diferentes versiones, incluso contradictorias, que resultan ser las oscilaciones de una memoria colectiva. En *Ilona llega con la lluvia* la memoria es individual, es la de Maqroll narrando con un pudor poético su vagabundeo y la derrota entre otros de unos seres amados. En la primera página dedicada al lector Mutis escribió:

Prefería Maqroll el Gaviero, para relatar a sus amigos, aquellos episodios de su vida adornados con cierto dramatismo, con cierta tensión que podía llegar a veces, hasta una evidente vena lírica, cuando no desembocar en un misterio con su correspondiente interrogación metafísica y, por ende, de imposible respuesta. (Mutis, 1993).

La literatura para los dos autores es resistencia frente a lo absurdo de la vida, pero también es resistencia a la disolución del ser, al olvido. A la muerte de Ilona Maqroll dice:

Empezaron a desfilan los recuerdos. Con los ojos secos, sin el consuelo del llanto, trascurrieron largas horas en ese último intento de mantener intactas por un momento todavía, esas imágenes del pasado que la muerte comenzaba a devorar para siempre. Porque la muerte, lo que suprime no es a los seres cercanos y que son nuestra vida misma. Lo que la muerte se lleva para siempre es su recuerdo, la imagen que se va borrando, diluyendo, hasta perderse y es entonces cuando

nosotros comenzamos a morir también (Mutis, 1993:198).

Onetti en su saga crea a la manera Faulkeriana una ciudad a la orilla del mar: la mítica Santa María la cual nace en la novela *La Vida Breve* de una narración dentro de otra narración: el guión de Brausen para una película, pero *Todo trasplante a Santa María se marchita y degenera*. Mutis crea un anti-Ulises: Maqroll que se deja llevar por el fatalismo, personaje éste descubierto por un narrador ficticio. Se entrevé atrás la presencia del mismo Álvaro Mutis a través del encuentro por azar y la lectura del diario de viaje en la novela *La Nieve del Almirante*. Maurice Blanchot define el heroísmo como *la soberanía luminosa del acto... el héroe no es nada si no actúa y no es nada fuera de la claridad del acto que ilumina y lo ilumina*⁶. Maqroll el Gaviero es por excelencia el antihéroe. Obediente a un destino, acepta con una entrega casi devocional lo que le propone la vida. Como quien remonta la cresta de una ola, a sabiendas de que el final será un reventar contra las rocas o la tierra. Maqroll vive los procesos y en ellos, agota su interés. Se deja llevar por los proyectos de los demás. Por el contrario Larsen en *El Astillero*, conciente de su propio fracaso y de los demás, elige las ruinas, único espacio abierto para vivir un simulacro; no es acción sino actuación para sobrevivir a lo insoportable; lo absurdo. Al margen de la sociedad constituyó un equipo para abrir nuevos proyectos, mientras que Maqroll se deja absorber por los proyectos de Iona, nuevo intento de orden, la compañía de Maqroll es el itinerario de una conciencia dentro del caos. Larsen es la consecuencia de la modernidad caótica, de una sociedad fragmentada nacida de un doble proceso deshumanizador: destierro-encierro. La ciudad es el lugar común a miles de proyectos inconclusos, la esperanza se desvanece y el tiempo oxida. Así La ciudad portuaria creó unos desclasados que van amalgamándose en los barrios periféricos o en las zonas industriales cerca del puerto.

Tanto Larsen como Maqroll odian la ciudad, uno por su fracaso social

el olfato y la intuición de Larsen, puestos al servicio de su destino, lo trajeron de vuelta a Santa María para cumplir el ingenuo desquite de imponer nuevamente su presencia a las calles y a las salas de los negocios públicos de la ciudad odiada (Onetti, 1976);

el otro por el destino que lo aisló:

¿Quién diablos me ha traído aquí? Son las preguntas adonde va a parar esta mezcla de hastío sin fondo y de vago miedo cuando sé que me espera una larga permanencia en tierra (Mutis, 1993:29).

La espacialización del yo

La resultante del destierro del uno como del abandono del otro va a enfocar la narración hacia los espacios. En los primeros capítulos la trama sigue el recorrido de dos personajes yendo de un bar a otro y mudando en diferentes pensiones de mala muerte. En sus peores momentos Maqroll se refugió en el alcohol para cruzar el umbral de la otra orilla:

“Allí estaba la respuesta salvadora, la verdad revelada, la otra orilla donde se pulen los símbolos y suceden las lentas celebraciones que disuelven toda perplejidad y agota toda duda (Mutis, 1993:33).

Luego cada capítulo se refiere a un sitio determinado. Pero las frecuentes embriagueces en las cuales se hunden los dos personajes esfuman la noción del tiempo y del espacio. Por eso, Onetti tal vez va más allá, reuniendo en un título los cuatro espacios: el astillero, Santa María, la glorieta y la casilla; construye así un aire de tensión, en el cual se mezclan las máscaras de Larsen, acelerando así la disolución de su identidad, en fin, su desaparición.

La escritura Onettiana es simultáneamente arquitectura y decrepitud, sugiere una forma de ser-estar en un no ser. Sus palabras mistifican pero al mismo tiempo resuenan en un vacío como los residuos de los vidrios del astillero, fragmentos de vitrales del templo de la nada. Desde la soledad de ese mosaico que es la ciudad latinoamericana, con su sentido urbanístico fragmentado, se construyen paredes fantasmagóricas, restringiendo a los personajes de *El Astillero* en un encierro decadente. Álvaro Mutis escapa a toda forma de diseño arquitectónico. Su cuento *La razón de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviero con el pintor Alejandro Obregón* confirma la influencia que ejerció ese gran artista colombiano sobre las descripciones en su narrativa. Lejos de los espacios onettianos fríos y transparentes parecidos a los planos de

Corbusier, la narrativa de Á. Mutis pinta a la manera de Obregón la agonía, sugiriendo una lenta putrefacción por los colores gris de la lancha, parecido al de una charca, el caqui y el marrón oscuro del barro de los manglares y de los vegetales en descomposición. El mar deja en sus orillas “*un auténtico muestrario de la escatología caribeña*”; así como con los “*restos anónimos de basura y aves muertas que comenzaban a descomponerse*”, se devolvía el cuerpo de Wito a la tierra. El ruido de las olas en la casa del que fue el dueño del astillero suena vacío contra el cemento de ese inmenso fósil empresarial.

Una cortina telúrica invade las dos sombras: la lluvia fría, penetrante, aparece por lo menos 40 veces en *El Astillero* y veinte veces en la obra de Mutis. Como su título lo indica *Ilona llega con la lluvia*, la lluvia anuncia los encuentros y reencuentros con esa sorprendente mujer, rompiendo más de una vez, in extremis la soledad y miseria de Maqroll.

Esa certeza propicia que tantas veces me había rescatado de tremedales aun peores que éste del que escapaba gredas a Ilona y a la lluvia que la había traído (Mutis, 1993:149).

Pero la lluvia es también mal augurio

...el calor había aumentado notablemente, como sucede siempre cuando se aproxima la lluvia. Era la primera tormenta de la temporada. Lejanos relámpagos iluminaban el cielo con una fulgurante y operética intermitencia. Los truenos apenas se escuchaban, pero era fácil advertir que se iban acercando. De repente, Longinos irrumpió en mi cuarto con una expresión aterrada y el rostro bañado por las lágrimas (Mutis, 1993:396).

En *El Astillero*, la lluvia es *compañera interlocutora perspicaz* (Onetti, 1976:256), pernicioso, invita a la muerte. En efecto fue el invierno el que mató a Larsen de una pulmonía. Contrariamente a las obras de Álvaro Mutis, en *El Astillero* la lluvia es desamor, desencuentro. El extraordinario ejemplo de la patética visita de Larsen a Inés Angélica en la glorieta, ese don Juan maquinando su matrimonio con esa enferma mental por deseos de ascenso social

la hija de Jeremías Petrus, única idiota soltera... sonrió a las violetas, parpadeó con terror y deslumbramiento, inclinó hacia

el cielo la boca en trompa, los inquietos ojos que parecían bizcos (Onetti, 1976:253),

[jugando hasta el final con largos monólogos. Ella] se quedaba entonces un momento con los ojos y la boca abiertos, sin sentido, como si los usara para escucha y hasta que las dos notas de la carcajada podían considerarse definitivamente diluidas en el aire. Se ponía seria, buscaba huellas de la risa en la cara de Larsen y apartaba la mirada (Onetti, 1976:261).

Ese absurdo cortejo en la ceremonia del té está acompañado por la musicalidad de la lluvia empapando a Larsen de su poder glacial porque en esa mascarada, en la cual se puede preguntar cuál es el más loco de los dos, todo se desarrolla afuera en la glorieta en pleno invierno. Todo en la obra de Onetti revela la imposibilidad de encontrar a otro. Cuando Larsen gerente ficticio del astillero, va en la casilla de Gálvez, su ficticio empleado; tanto el uno como el otro se ponen la máscara escondiendo el paternalismo y el resentimiento. En la obra de Álvaro Mutis es lo contrario, existe en la gente viajera en las escalas, una especie de magnetismo que rompe la soledad para reactivar la esperanza, el contacto humano suaviza lo absurdo. En Onetti el contacto llama al juego porque todo está degradado, hasta las prostitutas en la novela anterior son gordas y feas, en decrepitud, de ahí su apodo Juntacadáveres. Ilona al lado de Maqroll monta en Villa Rosa una casa de citas con falsas azafatas, para reunir suficiente dinero con Abdul (el tercero del trío amoroso) quien vive en el otro extremo del mundo y poder así comprar un barco con el fin de traficar armas. Todo está previsto por Ilona reina empresarial de larga experiencia. Organizó y entrenó su falsa tripulación: uniformes, idiomas, trato con los clientes complicados... La idea de azafatas en escala genera una gran carga erótica que desvía la rutina de cualquier funcionario puritano. Contrariamente a Villa Rosa, el prostíbulo de Larsen en *Juntacadáveres*, está ocupado por mujeres gordas y feas. Todos los personajes en el ciclo de Santa María, tienen cuerpos masivos y deformados; pero ese desgaste culmina en el dicho "prostíbulo perfecto" por su supremo grado de fealdad. Nadie escapa a la lenta degradación, lento movimiento hacia la muerte. La única salvación es el verbo, pero el verbo que resuena como un juego-simulacro, única alternativa de Larsen (en *El Astillero*) frente a su condición absurda de ser humano. El prostíbulo de Ilona por lo contrario, es fantasía, es el consumo de

las palabras y del placer, el arte es la búsqueda del agrado de donde emanan los sueños y recuerdos, poesía. El barco destruido por el naufragio, oxidado por el mar y el tiempo, donde se empeñó en vivir la extravagante y loca Larissa, esperando la visita de sus dos amantes pertenecientes a otra época, imagen distorsionada por ella a raíz del abuso del capitán y de su ayudante, ese barco es un sueño amoroso y erótico. El barco es siempre la esperanza aún en el estado de degradación hasta la locura. El barco es la pulsión metaforizada hacia la comunión y el goce de lo interno del ser humano, viajan las palabras sublimadas por los vientos y mareas hasta alcanzar lo desconocido, lo incomunicable. Parece que Mutis concibe su escritura hacia un cabalgamiento de odiseas que poetizan la cotidianidad de la vida. Ilona y Maqroll se cansaron rápidamente de la vida de Villa Rosa, planearon irse hacia la próxima estación de lluvia. Así Maqroll intervino al respecto del prostíbulo:

Yo creo —comenté— que se trata más bien de estética que de ética. Que esas mujeres se prostituyen con nuestra anuencia y apoyo, es cosa que nos tiene por completo sin cuidado... al comprobar que la prostitución es tan convencional como el matrimonio, sólo logramos confirmar que el camino de una constante itinerancia escogido por nosotros y la voluntad de no rechazar jamás lo que la vida, o el destino, o el azar, como quieras llamarlo, nos ofrecen al paso. Resulta, al menos eficaz para impedirnos caer en el fastidio de una aceptación resignada (Mutis, 1993:170).

Larissa intuye que iba a abandonarla por eso decidió su propia muerte, y la de Ilona con la explosión del viejo barco, último viaje, a las tinieblas de la muerte. Un astillero abandonado es la antítesis del barco, esa presencia inútil en las orillas del mar, anuncia que no hay reparaciones posibles cuando el barco de la vida entra en crisis. Los hombres, incluso los más grandes navegantes, están condenados al abandono en esas tierras. Porque también el vagabundeo de Maqroll se vuelve rutinario, cotidiano y absurdo.

Las palabras, el juego desafiante de la escritura de Onetti, como las palabras, recuerdos del otro que forman parte de su vida, convergen hacia la misma angustia metafísica: el deterioro en la cotidianidad, la caída. En la *Suma de Maqroll el Gaviero* Mutis escribió:

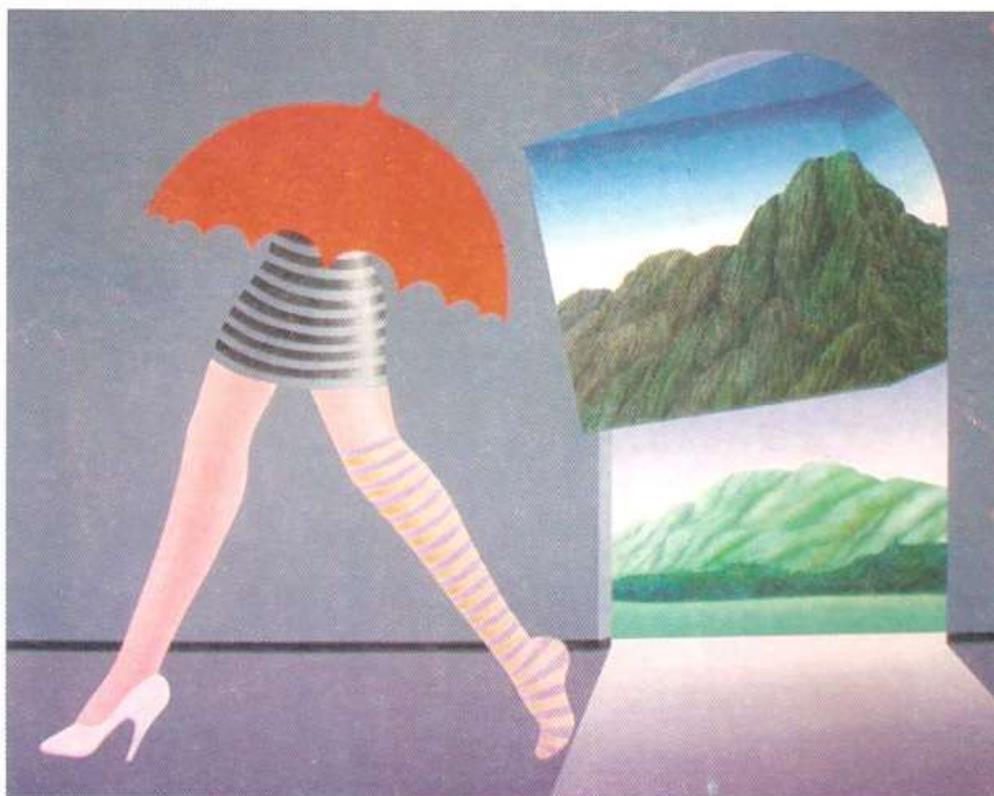
La poesía sustituye
La palabra sustituye
El hombre sustituye
Los vientos y las aguas sustituyen...
La derrota se repite a través de los tiempos
¡Ay, sin remedio!

Notas

- ¹ Maurice Blanchot. *El Diálogo Inconcluso*. Monte Ávila. Caracas, 1974, pp. 573.

Bibliografía

- BLANCHOT, Maurice (1992). *El Libro que Vendrá*. Monte Ávila Editores. Caracas.
- _____. (1974). *El Diálogo Inconcluso*. Monte Ávila Editores. Caracas.
- HERNÁNDEZ, Consuelo (1996). *Álvaro Mutis: Una estética del deterioro*, Monte Ávila Editores. Caracas.
- HISTORIA DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA (1985). Editorial Planeta-Agostin, Madrid,
- MUTIS, Álvaro (1993). *Siete Novelas. Empresas y Tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Alfaguara Bogotá.
- ONETTI, Juan Carlos (1976). *Obra Selecta*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- VERANI, Hugo J. (1972). *Onetti: el ritual de la impostura*. Monte Ávila Editores, Caracas.



"El día en que el Ávila entró a competir en belleza con Gloria Elena"
Acrílico, carboncillo y pastel sobre tela. 120 x 150 cm.
José Campos Biscardi, 1989